

Irène Némirovsky

Esperanzas

Publicado originalmente en 1938

Traducción de Lucía Dorin



Posdata

1. Ya elegiste tu postal de viaje. Ahora observá, leé, pensá. Abrite a la experiencia.
2. Dejá tu posdata en la última solapa del libro. Es tu espacio, sos libre de usarlo como quieras.
3. Por último, recortá la solapa por el troquel. Podés llevarla en la billetera, pegarla en la heladera, prenderla fuego en un altarcito o regalársela a alguien especial. ¡El cielo es el límite!

Recomendación

Tengo veinte años de oficio de librera y mi mayor desafío sigue siendo, aún hoy, la recomendación de libros. No solo no es posible universalizar el propio gusto sino tampoco las circunstancias en las que una obra es leída o apreciada: no siempre estamos de ánimo para los mismos libros.

Por eso el trabajo del librero/a tiene algo de detectivesco, hay que recabar la mayor cantidad de información posible, preguntar datos de la persona y consultar sobre sus lecturas previas; pero hay que tener cuidado también de que no parezca un interrogatorio, de no ser demasiado invasiva.

Sin embargo, no siempre contamos con colaboración del otro lado, o porque es un regalo y el cliente no conoce tanto a la persona, o porque te piden algo distinto, diferente a lo que estuvieron leyendo, o simplemente porque estamos frente a alguien muy indeciso.

Ante estas dificultades, lo que muchas veces funciona es contextualizar al autor y a su obra. Por eso, lector o lectora, si dudás sobre el libro que tenés en tus manos, te dejo un pequeño esbozo de la autora y la trama del cuento para ayudarte en tu decisión.

Irène Némirovsky nació en Kiev en 1903, su padre era un banquero judío con un muy buen pasar económico. Con el estallido de la Revolución rusa, la familia Némirovsky debió abandonar Moscú. Después de escapar por Finlandia y Suecia, se instalaron en París donde el padre obtuvo un puesto como director de un banco. Allí lograron recuperar un buen nivel de vida e incorporarse a la burguesía parisina.

Irène asistió a la Sorbona y comenzó a escribir. Publicó algunas obras que pasaron desapercibidas hasta que a sus 26 años, en 1929, publicó *David Golder*. La novela fue un éxito inmediato que la propulsó a la fama literaria, una fama que, sin embargo, no la salvaría de su cruel final.

Entre los temas de sus libros destacan la exploración de los vínculos familiares, especialmente entre madre e hija (su propia relación con su madre fue fría y careció de afecto); las penurias del exilio; el clima de entreguerras; el contraste de clases entre judíos pobres y ricos; y el evento más trágico y determinante de su vida: la ocupación nazi de Francia. Cuando la censura contra los judíos se volvió más virulenta, ella siguió publicando cuentos con seudónimos en las revistas y periódicos de su época.

La ocupación es el tema central de la inconclusa, *Suite francesa*, obra que no pudo terminar porque fue deportada a Auschwitz donde

moriría, al igual que su marido, en 1942. Sus hijas guardaron el manuscrito durante años y la novela se publicó en 2004.

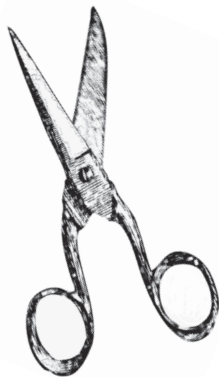
Esperanzas fue publicado originalmente en la revista *Gringoire* el 19 de agosto de 1933. La protagoniza una pareja de exiliados rusos que vive en París en pésimas condiciones. Ella es modista y él trabajador portuario de carga y descarga. Ella confecciona sombreros para mujeres de la burguesía que sienten fascinación por su carácter eslavo y lo utiliza a su favor: junto a los sombreros vende la experiencia de lo exótico. Es cortejada por hombres que la invitan a salir y ella acepta estas invitaciones porque le permiten hacerse de una nueva clientela para su negocio. Su marido sufre por esas salidas porque le recuerdan los placeres burgueses que perdió con el exilio, y en sus lamentos surgen reflexiones sobre lo que hace a la vida humana digna de ser vivida.

En medio de este sufrimiento, aparece un atisbo de esperanza, un haz de luz que se cuela por un resquicio: ¿podrían recuperar algo de todo lo perdido?

La fuerza del cuento radica en la construcción de una mirada humana y compasiva que no por eso está exenta de crítica e ironía. Esta tensión es una marca permanente en los textos de Némirovsky y por eso *Esperanzas* es una excelente puerta de entrada a su obra.

Patricia Scott
Librería de Los Galgos

Esperanzas



Vio por fin las ventanas iluminadas del pequeño negocio. Había trabajado duramente. No había cenado, pero se detuvo y buscó a su mujer con la mirada. Solo cuando la divisó entre las clientas (los postigos no se cerraban y nunca habían podido comprar las cortinas), sintió hasta en sus huesos la paz que llega al final de una larga jornada. Esos dos rusos, Vassili y Sophie Savine, estaban casados desde hacía trece años; a pesar de ello, en presencia de su mujer el corazón de Vassili latía todavía de orgullo y placer y de esa dulce angustia que brinda el amor.

Sophie era modista. Por su parte, él controlaba, en nombre de un comerciante de metales, la carga y descarga de hierro y de estaño en las estaciones y los puertos de Francia. El local de

costura se encontraba en una miserable planta baja sobre el patio, en el barrio de Ternes, pero tenía muchas clientas. Las miró un instante ir y venir, elegir y probarse sombreros, después entró, pero no lo admitían en el negocio; se deslizó en la trastienda; empujó con el pie un carrete y también un pedazo de cinta que se había caído al suelo, encontró una silla a tientas; la pequeña habitación estaba siempre en penumbras. Se sentó, al fin feliz por ese momento de inmovilidad y de silencio. Su trabajo lo forzaba a deambular de un muelle a otro, a pasar la noche en un camión, congelado en invierno, chamuscado en verano, mal pago, mal alimentado, pero desde hacía veinte años no había conocido otra existencia; no se quejaba.

Una cortina separaba el negocio del trastero donde se encontraba; las mujeres fumaban y hablaban todas a la vez; había dos enormes lámparas eléctricas encendidas por encima del tocador e irradiaban una luz cruel hacia los

rostros maquillados; las mujeres, por instinto, componían sus rasgos acercándose al espejo, como suele hacerse para una sesión fotográfica.

Tomaban de las manos de Sophie la horma de fieltro o de paja, miraban el sombrero frunciendo las cejas, con la cara crispada por la atención, el deseo, la avaricia y la preocupación de comparar ese gorro, esas cintas y esas flores con un sombrero ideal, imaginado en sus mentes, que debía hacer de ellas mujeres eternamente amadas, felices.

Se inclinaban hacia el espejo e instantáneamente sus rostros cambiaban; borraban por un segundo, a fuerza de voluntad, los pliegues de la frente, las patas de gallo de sus sienes y esa arruga que la treintena ve eclosionar, que va desde las comisuras de los labios hasta las aletas nasales y que la gente llama “arrugas de la miseria”. Así transformadas, rejuvenecidas, peripuestas, con el cigarrillo en la

boca, inclinaban o hundían, según la moda de la temporada, sobre su pelo, el “pequeño gorro florido”, la “boina encantadora”, el “turbante almendra que me hace tan joven”, “el gorro chechia rojo tan original”, y sonreían frente a su imagen con una confiada, conmovedora e infantil sonrisa.

Sophie, con un vestido negro y un pañuelo verde alrededor del cuello, sostenía en la mano un par de enormes tijeras con las que cortaba el borde de un fieltro sobre la cabeza de una clienta inmóvil. Era delgada, de cuerpo perfecto, rostro flaco y cansado; estaba mal peinada, usaba poco maquillaje y al descuido, pero su pelo que dejaba caer sobre el cuello tenía un vuelo encantador; parecía despeinado por el viento; su falda oscura y el collar de una infame *bijouterie* de vidrio que pasaba por debajo del pañuelo le sentaban bien.

Vassili suspiró... Era tarde... ¿Cuándo se irían esas mujeres? Giraban el sombrero para

un lado y para el otro, se inclinaban hacia el espejo, se lo sacaban por fin, lo volvían a tomar de las manos de Sophie.

—¿Me permite, madame Sonia? Un minuto más. ¿No le parece que las flores quedarían mejor así, más a la izquierda? Es más sentador, más atrevido, ¿no le parece? ¿No...? Probemos de todos modos... Tengo tiempo... ¡Y bien! ¡No, decididamente, tiene razón, tiene usted un gusto adorable!

Pero conservaban el sombrero todavía por un segundo más, lo contemplaban con ternura y se separaban de él con una pena visible, como de un niño querido. Finalmente, en el umbral, ya listas, con el abrigo de piel alrededor del cuello, volvían hacia Sophie, tomaban una horma de un molde champiñón de madera y volvían a empezar.

—¿Me mostró este...? ¿No cree que para el conjuntito verde del que le hablé, iría mejor con el estilo?

A las ocho y media, la última se había ido. Sophie llamó:

—¿Qué estás haciendo, Vassia? ¡Ven! ¿Estás dormido?

Ella fue a buscar la cena, un poco de sopa recalentada preparada la noche anterior y fetas de galantina; comían en el negocio mismo, sobre un gueridón que empujaban hasta el medio del ambiente. El espejo de tres hojas reflejaba las paredes antes blancas, ahora de un gris polvoriento, los innumerables sombreros, la espalda fina y flexible de Sophie y el rostro de Vassili enrojecido por el aire libre, sus labios gruesos, su nariz corta y fuerte, de pelo rubio, un rostro cuya expresión era alternadamente de resignación burlona y de inquietud dolorosa si pensaba en el pasado: “Viví y comí más o menos todos los días a pesar de las guerras, las revoluciones y la pobreza”, o en la expectativa: “¿Pero podré hacerlo mañana...?”.